CAPITULO IX.

Entrada de los aliados en Milan.—Pronunciamiento de la ciudad en favor de Víctor Manuel.—Entusiasta recibimiento hecho á las tropas por los ciudadanos.—Curioso incidente ocurrido con el héroe de Magenta.—Entrada de los heridos en Milan.—Marcha de los aliados.

En la última conferencia que tuvieron el Emperador y Mac-Mahon, convínose en que los soberanos aliados hicieran su entrada pública y triunfante en Milan.

La guarnicion de esta ciudad, estaba al mando del general Kellerman, quien recibió la primera noticia de la derrota cuando llegaron las primeras tropas que habian sido batidas en Magenta. No tardaron los ciudadanos en saber el éxito de aquella sangrienta accion, y entonces, comenzaron á levantar barricadas para atacar á los austriacos, pero viendo Kellerman la actitud del pueblo, y convencido de que no le seria posible resistir mucho tiempo, evacuó la ciudad en la mañana del seis.

El pueblo se reunió en la plaza Broletto, pidiendo que se proclamase la ley de 1848, segun la cual se acordaba la anexion de Lombardia al Piamonte; la municipalidad salió al balcon del palacio, aclamando á Víctor Manuel por rey de Lombardia, y al momento se organizó una comision compuesta de las personas mas respetables, la

cual se trasladó al campamento para dar la noticia á los monarcas aliados.

El dia 7, estableció el Emperador su cuartel general, en un pueblo llamado Cagnino que dista una milla de Milan; é inmediatamente espidió órdenes al General Caráguay d'Hilliers, previniéndole que persiguiera al enemigo, marchando sobre Melegnano, á fin de ocupar esta plaza cuanto antes. Este movimiento debia hacerse bajo la direccion del nuevo Mariscal.

A las diez de la mañana del siete, Mac-Mahon hizo su entrada en Milan por la puerta Vercellina, al frente de sus tropas, pues los reales aliados tuvieron la delicadeza de honrar de este modo, al hombre á cuyo genio se debia una gran victoria. El decorado de la ciudad escedia en lujo y magnificencia á todo cuanto se habia conocido hasta entonces; ricas colgaduras de seda y de damasco, bordadas de oro y plata cubrian los balcones y edificios públicos, cuyas columnas desaparecian bajo una alfombra de camelias y de lilas; de los arcos de la plaza Mercanti pendian hermosas guirnaldas de narcisos, de rosas y tulipanes mezclados con hojas de laurel, entre las cuales sobresalian las banderas tricolores; las ventanas de las casas estaban llenas de espléndidos ramos, destinados para obsequiar los vencedores cuando pasasen; y por último, una inmensa concurrencia llenaba calles y plazas, llamando entre otras cosas la atencion, numerosas jóvenes vestidas de blanco, que de sus bonitos delantales, iban echando flores por la carrera que debia recorrer la comitiva.

Entre toda aquella gente, tan alegre y satisfecha, circulaban tambien los ciudadanos que habian levantado las barricadas para espulsar á los austriacos.

El duque de Magenta, marchaba al frente de sus cazadores, y fué saludado con entusiastas aclamaciones de la multitud, mientras que una lluvia de flores caia sobre él, y á los piés de sus heróicos soldados. Al llegar junto á Santa Margarita, era tan numeroso el gentío, que apenas se podia pasar, y cuando se hacia esfuerzos para despejar algun tanto el camino, una mujer que llevaba un niño en brazos, no pudiendo resistir el ímpetu de los que la empujaban hácia adelante, cayó á los piés del caballo del Mariscal lanzando un grito de angus-

tia. Mac-Mahon detuvo su caballo de pronto, cogió el niño, lo puso en la silla, saludó al pueblo y continuó impasible su camino. Al ver aquello, una tempestad de aplausos y de frenéticas aclamaciones atronó el espacio; los milaneses no estaban acostumbrados á semejantes actos de generosidad, y no pudieron menos de comparar tan noble conducta, con la de los orgullosos generales austríacos que eran el azote de Venecia.

En una palabra, diremos que el dia de la entrada de las tropas en Milan, fué de verdadero regocijo. Apenas hubo pasado el segundo cuerpo de ejército, comenzaron á entrar los carros donde iban los heridos, así franceses como austriacos; y aun cuando el movimiento de los vehículos los molestaba mucho, irritando sus heridas, no pudieron menos de agradecer la generosidad del pueblo, que ofrecia á los pacientes, hilas, vendages y medicamentos. Nunca se vió una generosidad tan espontánea, pues llegó hasta el caso, de que muchos señores se llevasen en sus carretelas á un gran número de heridos, sin mirar si eran austríacos ó franceses. Sin embargo, los periódicos de Viena y de otros puntos del imperio, tuvieron el atrevimiento de decir que se habia tratado á los prisioneros cruelmente, y podemos asegurar que esto fué una infame calumnia.

El dia siguiente fué tambien de regocijo y de fiesta para Milan, pues debia verificarse la entrada de los soberanos aliados, que habian cedido la primacia al héroe de Magenta. Fatigado el pueblo del dia anterior, no madrugó tanto como de costumbre, y como los regios huéspedes hicieron su entrada muy temprano, salió poca gente á recibirlos, pero acaso esto fué una cosa hecha á propósito, para que fuese mas notado el triunfo. El Emperador y Víctor Manuel abrian la marcha, seguidos de una brillante escolta compuesta de los cien Guardias, y de sus respectivos Estados Mayores, y seguia despues la Guardia Imperial mandada por su intrépido jefe Regnault de Saint Jean d'Angely. La regia comitiva avanzó silenciosa por las solitarias calles, pero bien pronto circuló la noticia, y empezó á presentarse el pueblo, y se abrieron muchos balcones á los gritos de *¡ Vivano i nostri Liberatori!* Cuando la cabalgata llegó á la via de Bonaparte, apeóse el Emperador, pues aquel era el punto señalado para su residencia,

punto que se creyó el mas á propósito, no solo por el nombre, sino por su magnífica posicion. Tambien habia habitado aquella *villa* Napoleon I y otro de sus tios, Eugenio de Beauharnois.

Habíase convenido que el Rey ocuparia las habitaciones de la corte, pero inspirábale esto repugnancia porque al huir el Archiduque Maximiliano habia dejado muchos objetos de su propiedad. Poco podia figurarse entonces Víctor Manuel, que algunos años mas tarde le exigiria el embajador de ese mismo Maximiliano, que le reconociese como Emperador de Méjico, cuyo trono se habia levantado sobre las bayonetas francesas.

¡ O tempora mutantur et mutamur cum illos!

El Rey se alojó en el palacio del marqués Busca, un noble tan rico como influyente, que aunque partidario de los austriacos tenia el suficiente talento para amoldarse á las circunstancias y recibir á un rey conquistador como cumple á un caballero. Napoleon, seguido tan solo de su ayudante de campo, salió á dar una vuelta por la ciudad, sin que nadie le conociera al pronto, pero á su vuelta, se agolpó el pueblo para verle pasar, dándole las mas señaladas muestras de aprecio y gratitud, apresurándose muchos á rodear su caballo para darle la mano en tanto que otros le aclamaban con el mayor entusiasmo.

Llegada la noche, iluminóse la ciudad como por encanto, y aquella iluminacion fué doble, porque precisamente brillaba la luna en todo su esplendor, y sus argentados rayos formaban un singular contraste con las luces de bengala y los faroles de colores que convertian á Milan en un inmenso foco de fuego. Hasta hubo una gran procesion que pasó por los palacios del Emperador y del Rey, y á fé que entonces hubiera podido decir Napoleon *que la alegria del pueblo demostraba cuanto habia sufrido.*

El Conde Cavour llegó á poco á la ciudad y tambien fué objeto de la mas entusiasta ovacion.

Entre toda aquella gente tan alegre y satisfecha, habia sin embargo un hombre que veia con enojo el regocijo del pueblo é hizo lo posible por disminuirle: era este Monseñor Cascia, Arzobispo de Milan, el cual se negó á dar su consentimiento para que se cantase un

Te-Deum, ni se celebrára ninguna de las ceremonias religiosas acostumbradas en semejantes casos.

Mientras ocurria esto en Milan, oíase tronar el cañon por la parte de Melegnano, á cuyo punto se habia dirigido Baraguay d'Hilliers por órden de Napoleon para desalojar á los austriacos de sus posiciones. El nuevo mariscal se puso en marcha inmediatamente para trasladarse á San Martino, donde concertó con el citado jefe el plan de ataque. Cuando comenzó la batalla, á la alegría y entusiasmo de los ciudadanos sucedió la ansiedad y la inquietud, pero bien pronto debia volver á los ánimos la tranquilidad, gracias á la nueva victoria que alcanzaron los aliados en la nueva batalla cuyos pormenores vamos á referir.

BATALLA DE MELEGNANO.

Segun el plan convenido entre los dos generales franceses, el duque de Magenta debia marchar con su cuerpo de ejército sobre San Giuliano, á fin de situarse en el camino que conduce de Cassano á Lodi, con el objeto de cortar la retirada al enemigo, y entre tanto la division Forey se dirigiria hácia el camino de Noseda á Pedriano, para flanquear á Melegnano, que era en realidad el principal punto de ataque. La division de Ladmirault recibió órden de hacer un movimiento para apoyar las demas fuerzas, y se dispuso que una division del general Bazaine atacase de frente las posiciones enemigas. El plan de Mac-Mahon estaba admirablemente combinado, y el éxito coronó de nuevo sus esfuerzos y acertadas disposiciones.

Melegnano se eleva en una llanura; sus casas son altas y sólidas, las calles estrechas, y el cementerio está situado de tal modo, que puede servir de fortificacion. En 1.º de Setiembre de 1515 habian alcanzado allí los franceses una gran victoria.

A las tres de la tarde del 8 de Junio, Mac-Mahon comenzó á poner por obra sus planes, pero á causa de várias dificultades, no pudo ocupar su posicion hasta la seis de la tarde, es decir, media hora despues de la llegada del general Bazaine.

Todas las casas y edificios que se elevaban á orilla del camino, estaban perfectamente fortificadas, y en la entrada de la ciudad se habian levantado barricadas imponentes defendidas por numerosa artillería. Las avanzadas de Bazaine hubieron de atravesar por entre un fuego cruzado, sin contar que los cañones de la ciudad barrian completamente el camino, pero el jefe francés hizo jugar á poco su artillería y de este modo pudieron adelantar algun tanto los franceses. Los esfuerzos de los zuavos para apoderarse de la posicion, fueron completamente inútiles, pues el enemigo los rechazó una y otra vez, pero en aquel momento llegó Forey con su division, hizo maniobrar sus baterías, y Bazaine atacó resueltamente las barricadas. Los austriacos se batieron, no solo con bravura, sino con verdadera abnegacion, y baste decir que la primera línea de defensa estaba ocupada tan solo por oficiales, que solicitaron aquel puesto peligroso, por lo cual no es necesario decir que hicieron cuanto es posible hacer para rechazar á un enemigo tan esforzado como el que atacaba. Los zuavos, no obstante, vencieron todas las dificultades, y apoyados por las tropas de línea, asaltaron por todos los puntos la posicion mientras que los zapadores derribaban las barricadas para facilitar el paso de la artillería, que enfiló al momento las principales calles. Las tropas de Forey consiguieron tambien grandes ventajas y Ladmirault, guiado por las descargas, avanzó con sus batallones sobre Melegnano á paso de carga.

A consecuencia de estas combinaciones, los austriacos se vieron rechazados hasta el centro de la ciudad, y entonces comenzó en las calles y plazas una lucha cuerpo á cuerpo, pues el enemigo defendia el terreno palmo á palmo con una energía y una obstinacion dignas de mejor causa. Fué preciso tomar á la bayoneta las barricadas, las iglesias y las casas, y esto en medio del horroroso fuego que hacian los austriacos desde los balcones y ventanas. Los zuavos caian á centenares, y numerosos oficiales franceses perdieron la vida en aquel desesperado ataque, hasta que reforzados al fin los sitiadores por una brigada, lanzáronse resueltamente sobre una especie de castillo ruinoso, y á pesar de la vigorosa resistencia de los austriacos, conquistaron aquella posicion. La casa de correos, donde tambien se habia

atrincherado el enemigo, fué asaltada igualmente, pero aun despues de desalojado aquel, volvió á la carga furioso y causó considerables pérdidas al regimiento que se habia posesionado de la nueva posicion. Era ya de noche, y aun luchaban los combatientes entre el estruendo de la fusilería, pero á eso de las nueve, perdidas ya todas sus posiciones, comenzaron los austriacos á retirarse. Aquel era el momento para que Mac-Mahon les cerrase el paso, si bien no pudo Forey lanzarse en persecucion del enemigo hasta media hora despues, á causa de estar interceptado el camino.

La batalla del Melegnano, una de las mas sangrientas que se empeñaron en Italia, fué ganada por los franceses, mas no pudieron impedir que los austriacos se retirasen con admirable órden y celeridad, y que cruzáran el Adda, destruyendo despues los puentes de Lodi, Paullo y Pizzighettone, á fin de ponerse fuera del alcance de sus perseguidores. Los piamonteses seguian de cerca á la division de Urban, que hizo alto en Cassano á causa de no poder sus tropas resistir ya la fatiga. Cuando se adoptaron disposiciones para atacarles, intervino un oficial francés para que se concediera una capitulacion, pero Urban que solo deseaba ganar tiempo, consiguió entretener á los piamonteses por espacio de dos horas con sus negociaciones, y aprovechando una oportunidad desapareció como por encanto con sus tropas, cortando el único puente por donde podian pasar sus perseguidores.

Entre tanto, Mac-Mahon avanzaba con el segundo cuerpo de ejército hácia Castiglione, mas no se sabia á punto fijo por donde iban los austriacos. El aereonauta Mr. Godard, que seguia á Napoleon, recibió órden de elevarse en un globo á fin de practicar un reconocimiento y en efecto, lo hizo así, siguiendo la direccion de Pozzalengo y Peschiera, mas no pudo descubrir sino alguna caballería en las inmediaciones de este último punto. Mac-Mahon y Niel dedujeron que el enemigo habia cruzado el Mincio, opinando que los austriacos les presentarian de nuevo la batalla en las llanuras de Medole ó en el pais que se estiende desde el lago de Garda á Monzambano, Valezzio, Volta y Goito.

Los austriacos habian cruzado el Mincio en efecto, mas lo repasaron á poco y fueron á tomar las mismas posiciones donde Mac-Mahon y Niel calculaban que se harian fuertes. No se sabe si el enemigo verificó este movimiento para desorientar á los franceses ó con el fin de dirigirse desde luego al cuadrilátero, pero es el caso que cuando los austriacos se hallaban ya en las alturas de Solferino y en las llanuras de Merode, los generales de Napoleon creian que solo habria allí algunas partidas para reconocer el terreno.

El Emperador de Austria acababa de encargarse del mando supremo del ejército, mas no sabian los jefes cuales eran las posiciones de los aliados, ni tampoco sus planes. Francisco José habia aumentado su ejército con las guarniciones de Piacenza, Pizzighettone, Cremona, Ancona, Bologna, Ferrara, Mántua, Verona, Peschiera y otras ciudades, de modo que contaba ya con 140,000 hombres. Los aliados no disponian de tantas fuerzas, y sus tropas estaban además fatigadas, por consecuencia de los repetidos combates y las marchas, sin contar que los austriacos conocian perfectamente el terreno elegido por ellos.

El estado mayor del Emperador de Austria se componia de un brillante séquito de Príncipes, Archiduques y Generales, los cuales confiaban que batiéndose el ejército á presencia del soberano, repararia los últimos descalabros alcanzando una gran victoria. Tales fueron los preliminares de la sangrienta batalla que debia darse bien pronto en Solferino.